




Año 2 | Núm. 18

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



05	Carlos Vicente UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVII)
07	Patricia Sánchez UNA HISTORIA REAL
09	Carlos San Jorge CAOS ENTRE FACTURAS, ALBARANES Y NOTAS
11	Beatriz Gorjón ALBARANES Y REGISTROS
13	Andrés M. Níguez LA FOTO
15	Jara Aizpurua JODER CON CUPIDO
19	VÍSCERAS INVITADAS: NURIA GALACHE DUDAS SIN ALBARANES
21	VÍSCERAS INVITADAS: JESÚS CALLEJO EL BIBLIOMANIÁTICO
25	Pedro Vez Luque LA OBRA

«Cómo se te va a ocurrir que tu infierno pueda ser quedarte fuera de la maldición de Yahvé, en un lugar que está en el exterior de las páginas del libro de anotaciones de pedidos, del bloc de albaranes, lejos de las máquinas y las herramientas, y que es inversa expresión contemporánea de la maldición bíblica: No podrás ganarte el pan con el sudor de tu frente.»

En la orilla (2013), Rafael Chirbes

En contra de lo que muchos piensan, Caronte no es el barquero de Hades, el encargado de guiar las sombras errantes de los difuntos recientes de un lado al otro del río Aqueronte si tenían un óbolo para pagar el viaje. No. Caronte es un funcionario gris que firma los últimos albaranes.

Y, por eso, da tanto miedo.



UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XVII)

CARLOS VICENTE

En esta entrega, les cuento que siempre he querido escribir -pero nunca lo haré- una obra de teatro en la que dos personajes hablan de cosas en las que ellos mismos luego hacen todo lo contrario a lo que dicen. Sería algo así como...

Una mujer habla por teléfono en una pequeña oficina. Está en un mostrador. Entra un hombre vestido con americana y corbata. Lleva un maletín. Parece que viene con prisa. Ella, al verle entrar, mira el reloj.

Él: Hola, buenos días.

Ella: Hola.

Él: ¿Qué tal está usted?

Ella: Bien. Hoy se ha retrasado.

Él: Es que he tenido que ir a saludar a otra persona que no estaba en su casa. Había ido a la peluquería y me he tenido que trasladar hasta allí.

Ella: No se preocupe. Es simplemente que me extrañaba.

Él: Normal. Pero entra dentro de las enseñanzas de este curso. Cómo comportarse educadamente cuando alguien llega tarde a una cita.

Ella: Entiendo.

Él: Es el apartado 5.7 del temario. «Comportamiento educado con personas que se retrasan».

Ella: Y es muy interesante que lo hagan porque a esta oficina vienen muchas personas que lo hacen.

Él: ¿Ah, sí?

Ella: Por supuesto. Está en el centro y no pueden aparcar bien. Muchos llegan tarde.

Él: Pues no hay cosa que más me fastidie que la impuntualidad.

Ella: ¿A que sí?

Él: Que salgan media hora antes de casa.

Ella: O que no pongan como excusa a los niños.

Él: Eso es lo peor, cuando ponen de excusa a los niños.

Ella: Queda más tarde y ya está.

Él: Te crean unas expectativas y luego no las cumplen.

Ella: Las expectativas son las que derrumban tu mundo.

Él: Las expectativas son los albaranes no entregados.

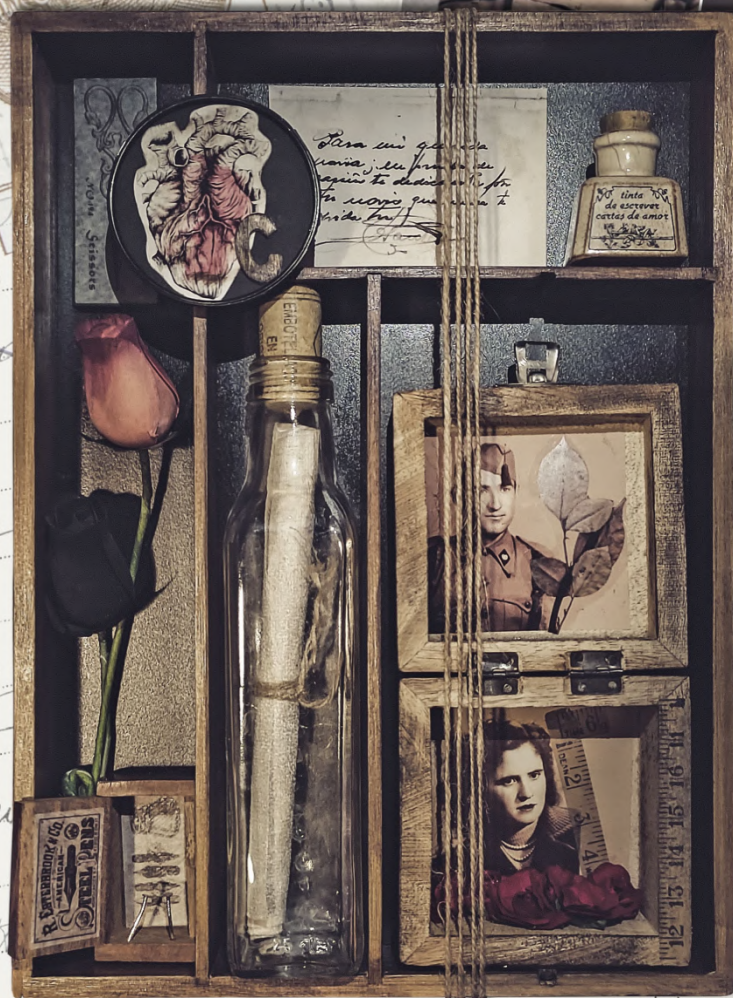
Ella: ¡Uy!, qué poético es usted.

Él: ¿Tiene usted niños?

Y así seguirían hablando hasta que él le entregara el albarán que certifica que ha hecho la visita dentro del curso y se diera cuenta de que se ha retrasado para entregar a otra cliente el siguiente módulo del curso práctico: «Cómo tratar a la gente en Salamanca».

UNA HISTORIA REAL

PATRICIA SÁNCHEZ



En la historia inventada, él hubiera gastado por completo ese bote de tinta que en su exterior rezaba que estaba destinado a escribir cartas de amor. Hubiera renunciado a tierras y herencias y se hubieran marchado juntos de ese pueblo, en el que su padre ordenaba y mandaba, para poder seguir viviendo a pleno latido y sin miedo a las cicatrices por llevar el corazón por fuera.

Probablemente, le hubiera costado un poco afrontar que, en lugar de heredar la alcaldía, tendría que buscarse la vida por otros derroteros. Pero qué importaba si estaban juntos, los dos, luchando a una por ellos y por la que venía en camino.

Se hubiera puesto al mando de una de esas pequeñas y funcionales tiendas «de ultramarinos», como se llamaban entonces, que abriría pronto y cerraría tarde, por eso de surtir a los vecinos en una época en la que los chinos y los «todo a cien» ni habían llegado ni se les esperaba. Una de esas tiendas que eran como aquellos cuadros de madera vieja con compartimentos que muchos tenían en sus hogares para exponer dedales, recuerdos en forma de botella con mensaje, flores secas, fotos antiguas o esas figuritas que los hijos les traían de los viajes que ellos no habían podido hacer en su momento. Una de esas tiendas en las que podías comprar tres berzas de la huerta de Antonio, cuatro latas de atún, un par de sellos de peseta para escribir a la nieta que se nos ha ido a estudiar a la capital y la bombilla del freno de atrás de la Citroën 2CV, pásate Manolo que ya nos la han traído.

Ella se pasaría las tardes en la trastienda, que así no gastamos brasero en casa y aquí y no estás para pasar frío precisamente, cosiendo para algún encargo que les ayudara con eso de ahorrar un poquillo, que una criatura siempre trae muchos gastos consigo. Que sí, Desiderio, pero no te andes quejando tanto, anda, que esta viene con un pan bajo el brazo, que para eso nos lo vendes a precio de padre primerizo. Y que aquí se os quiere y a la niña no le va a faltar de nada. Y hay que ver cómo te quedan las puntillas Carolina, que menudo arte que tienes con la aguja y que cómo llevas los ardores de las últimas semanas.

Él rellenaría los albaranes con uno de esos bolígrafos que pedía para la tienda, que la pluma es para las cosas bonitas, y haría cuentas y cuentas y cuentas. A esta la mandamos a estudiar a la capital como a la nieta de la Herminia, te lo digo yo, y la compramos un coche, el más grande que tengan, eso te lo juro.

En la historia real fue un R8, el más grande que tenían, y estudios en la capital, pero pagados a fuerza de respuntes, remiendos, patrones y encargos de ropa del hogar. No hubo trastienda, ni albaranes, ni cartas bonitas escritas a pluma. Él fue alcalde, ella costurera, no volvieron a verse (que yo sepa) y no, ninguno de los dos rehízo su vida.

En la historia inventada no se hubiera secado la tinta para escribir cartas de amor. Y yo, probablemente, no estaría aquí ahora, fabricando cuadros con compartimentos que son como tiendas de ultramarinos.

Viví con mi abuela, Carolina, desde que nací hasta que ella se marchó, demasiado pronto. Tenía un carácter del demonio, pero se le encharcaban los ojos con cada uno de nuestros logros.

Nunca conocí a mi abuelo.

CAOS ENTRE FACTURAS, ALBARANES Y NOTAS

CARLOS SAN JORGE

En las oficinas de una empresa de mensajería han tenido goteras y todos los archivadores encargados de guardar las facturas, albaranes y notas de pedido, han quedado inservibles. Los únicos legibles han sido los de cinco envíos que tendrán la suerte de llegar a sus destinatarias el 14 de febrero. Pero descifrarlo no va a ser tan fácil. Van a necesitar toda la ayuda posible.

Pista 1. Una tal Sonia trabaja en un instituto y le encantan los dulces.

Pista 2. Diego quiere sorprender a su mujer en el lugar donde la conoció, en el supermercado que hay cerca de su casa.

Pista 3. Emilio, que no ha enviado nada ni a Gema ni a Esther, envió a su mujer el paquete donde trabaja, la biblioteca de la ciudad. El envío no lleva ni peluches ni bombones.

Pista 4. María, que recibió un impresionante ramo de rosas, trabaja para la misma empresa que su marido, que no es ni Raúl ni Diego.

Pista 5. Miguel envió una caja sorpresa a su mujer, que no es Esther, a la que conoció cuando fue ingresado de apendicitis.




		¿A DÓNDE VA EL ENVÍO?					NOMBRE DE LA MUJER					¿QUÉ LLEVA EL PAQUETE?				
		HOSPITAL	INSTITUTO	A LA BIBLIOTECA	SUPERMERCADO	GRAN ALMACÉN	ESTHER	GEMA	CAROLINA	MARÍA	SONIA	BOMBONES	CAJA SORPRESA	ROSAS	BOTELLA DE VINO	PELUCHE
NOMBRE DEL MARIDO	DIEGO															
	EMILIO															
	JULIÁN															
	MIGUEL															
	RAÚL															
¿QUÉ LLEVA EL PAQUETE?	BOMBONES															
	CAJA SORPRESA															
	ROSAS															
	BOTELLA DE VINO															
NOMBRE DE LA MUJER	ESTHER															
	GEMA															
	CAROLINA															
	MARÍA															
	SONIA															

NOMBRE DEL MARIDO	NOMBRE DE LA MUJER	¿A DÓNDE VA EL ENVÍO?	¿QUÉ LLEVA EL PAQUETE?
DIEGO			
EMILIO			
JULIÁN			
MIGUEL			
RAÚL			

LA RAMPA

BEATRIZ GORJÓN



Empecé a trabajar muy joven en una librería, aunque los libros nunca me habían interesado. Leer siempre me había parecido una pérdida de tiempo. Sentarse en silencio envidiando vidas que nunca iba a vivir. Me resultaba inútil y frustrante. Pero, a lo largo de los años, mi jefe, que era un gran apasionado de la lectura, empezó a recomendarme libros para que me los llevara a casa. Al principio lo hacía por no contrariarlo, algunos los devolví sin ni siquiera abrir la portada. Él, aunque creo que lo intuía, no dejaba de insistir. Con el tiempo empecé a ojearlos, leer algún párrafo y, poco a poco, comencé a devorarlos. Lo que antes me resultaba frustrante empezó a resultarme excitante. Y comencé a ver mi trabajo con otros ojos. Cada mañana me encaminaba a él con una ilusión y un entusiasmo nunca antes conocido. Mis días favoritos eran en los que llegaban las cajas con los libros que pedíamos de repuesto o que acababan de salir. Aún recuerdo el entusiasmo al abrirlas: Heinrich Mann, Walter Benjamin, Ernest Hemingway, Bertolt Brecht... pasaban por mis manos con su dulce olor a nuevos, sin sospechar que, años más tarde, el olor de su papel y su tinta, quemados en la Plaza de la Ópera de Berlín, inundaría mi garganta, cerrándola de rabia y humo. Yo era el encargado de hacer los albaranes y comprobar que cada uno de los libros pedidos y recibidos estaba en las cajas, y era muy minucioso.

Quizás por eso, ahora soy uno de los registradores en esta sección del campo denominada «La rampa». Registro a los que han sobrevivido al viaje en tren, me ocupo de los bienes personales de los que han seleccionado para el gas y recojo los cadáveres de los vagones de ganado donde los transportan. Antes llevábamos un recuento más minucioso, ahora son tantos los que llegan que nos limitamos a poner el nombre del campo y una cifra. Estoy obligado a hacer esto bajo pena de muerte por las SS. Estos albaranes de personas martillean mi conciencia. Por eso, por las noches voy al bloque 31, el de los niños. Allí les leo a los pequeños, en voz baja, un ejemplar de *La Montaña Mágica*, de Thomas Mann.

LA FOTO

DE ANDRÉS M. NÍGUEZ PARA ALBARANES



Están por todas partes. Forman parte del paisaje urbano. Son los agentes de «la última milla». Con ellos va nuestro pedido y son ellos los que justifican la entrega de la mercancía encargada. Su albarán electrónico recoge todo: producto, cantidad, lugar y hora de partida, ruta seguida, hora y lugar de entrega. El GPS es un testigo más de ese albarán que, probablemente, quede archivado en el limbo de la «nube» o donde quiera que descansen los pedidos y albaranes.

A ver cómo cuento esto. No sé muy bien por dónde empezar. De todas las cosas surrealistas que me han pasado en mi vida esta es la que más. Pero la más de lo más. Prometo que no me drogo ni tomo nada que me haya hecho desvariar. El tratamiento psiquiátrico ya lo terminé hace más de un año y, debido a mis alergias, a todas mis alergias, sólo tomo paracetamol. En pastillas de 1 gr, eso sí. Nada más. Juro que no tomo nada más. Cero alcohol. Y cuando digo cero es cero, que tengo una esofagitis crónica que hace que el alcohol me cree más inflamación si cabe, y reflujo, y dolor aquí, en el esófago, cuando como. Así que bebo agua. La Coca-Cola la estoy dejando también. Los gases no son buenos.

El caso es que, hace unos días, se me ha presentado Cupido. Sí, están leyendo bien. Cupido. El jodido angelito de San Valentín. Ese que se encarga de ir tirando flechitas para que la gente se enamore. Pues se presentó en mi casa con una caja llena de albaranes de todas las flechas que había gastado conmigo. Decía que es algo que no suele hacerse porque, antes o después, la gente acaba enamorándose y él siempre acierta, pero que conmigo no había manera, que se había dado por vencido y que después de cuarenta y un años se rendía. Que ya se iba a jubilar y yo era su caso pendiente, pero que podría vivir con ello y que dimitía. Claro, yo me reí. Pensé que era una broma de alguien, y buena: era graciosa. El tipo, el angelito ese, tenía una pinta como para reírse. Y ver allí a semejante esperpento diciéndome aquello en el descansillo del piso de mi madre (sí, he vuelto a vivir con mi madre, pero eso ya es otra historia), me hizo descojonarme y, ya de paso, darle un euro de propina y cerrarle la puerta en las narices.

El tipo volvió a llamar, con sus dos cojones, y, claro, ya vi que igual aquello no era tanta broma. No traía cara de buenos amigos, así que le hice pasar al salón, le puse un carajillo, en mi casa siempre ha habido alcohol, pero bueno eso ya es otra historia y culpa de mi padre, y me puse a ojear los albaranes que traía mi colega «el Cupido».

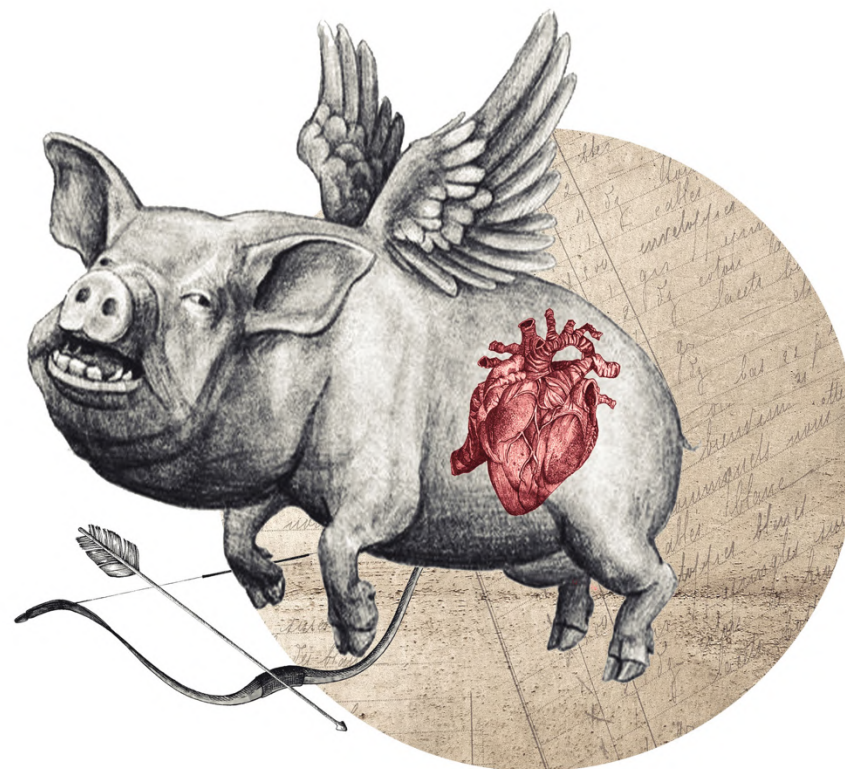
Desde 1981, casi na. Le pregunté que cómo podía ser aquello, si recién nacida una no está para esos trotes, ni ve aún para enamorarse, pero me dijo que la primera flecha se lanza cuando nacemos y hay a quien le sale bien.

Hay que tener suerte y que en el hospital haya algún otro recién nacido para hacer «match», como en Tinder, pero que alguna vez ha ocurrido y es su deber intentarlo desde el minuto uno. Esa primera flecha yo me la cargué, sí. Bueno, yo no, la enfermera cuando fue a cambiarme. Era pequeñita y apenas se veía, pero estaba en la telita con la que estaba envuelta en la cuna. En fin, que la vio, pensó que me podría pinchar y la tiró.

Me negué a firmar nada. No puedo hacerme responsable de las flechas que rompen otras personas. Además, había algo que no entendía. ¿Por qué tenía yo una flecha? ¿No se supone que se lanza a la otra persona? Y ahí es cuando me explicó que no, que

JODER CON CUPIDO

JARA AIZPURUA



Se lanzan a las dos personas, en ambas direcciones. Cada una tiene una especie de chip que, al juntarse o al estar cerca, crea una energía que hace que las personas se unan. Como si fuera un imán. Yo no dejaba de flipar, claro, pero seguí mirando todas aquellas hojas que venían con fechas y nombres y apellidos y vi que tenía algo de razón.

Allí estaban todos y cada uno de los tíos de los que me había enamorado, pero con los que no había corrido la buena suerte. Bueno, alguno era gilipollas. De esto que tú te enamoras y el otro no te hace ni puto caso, pues de esos. Amores platónicos que he llamado yo toda la vida, o malas decisiones del corazón que había tomado. Porque ya saben ustedes que en todo esto manda el corazón y que la razón, por mucho que se empeñe, no tiene nada que hacer.

Había algunos nombres que no recordaba y, entonces, fue cuando me explicó que eran de la parte contratante, es decir, que venían de otra persona, pero que, por mi culpa, por mirar a otro lado, hacerme la dura, ponerme una barrera y todas esas cosas que solía hacer, no habían conseguido clavarse en mí. ¿Por qué coño los tenía que firmar yo? Pues porque los contratantes ya estaban pillados y no tenía nada que reclamarles.

El último de todos fue el que más me dolió. Aún no he sido capaz de firmarlo. Tranquilos, que no se trata de ese primer amor, ese que nunca se olvida, o eso dicen, yo que sé, si no tengo ni puta idea sobre el amor. Era una flecha dorada, con mi nombre, la del amor propio. La de quererse y respetarse y no hacerse daño a una misma porque sí. Que sí, que la vida es una mierda en ocasiones y que no te lo hayan puesto fácil no ayuda, pero no se consigue nada con autosabotearse.

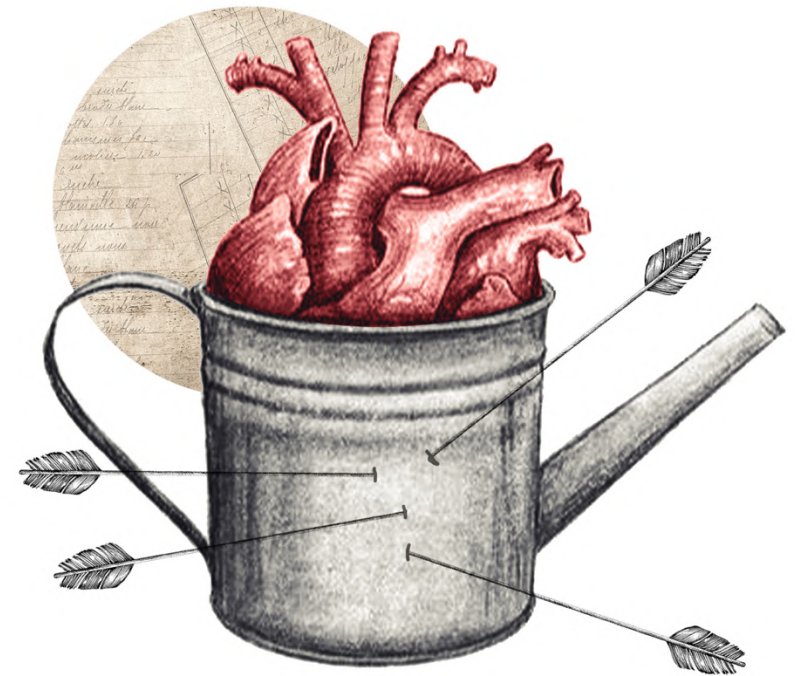
Le dije que esa me la quedaba, que iba a intentarlo, que a él ya le daba igual. Total, si ya había acabado su etapa laboral, ya no le importaba y, quién sabe, igual en unos meses le llegaba un éxito personal. Bueno, quien dice unos meses, dice unos años, o yo qué sé, igual unos días, que me acababa de abrir los ojos el puto Cupido de los cojones e, igual, no había dejado que me quisieran porque no me quería, pero ahora podía cambiar las cosas, ¿no?

El que se echó a reír entonces fue él, pero de forma desmesurada, algo que era insultante incluso. Y, justo en ese momento, desapareció. Así, como por arte de magia. No es que saliera por la puerta, no, se disipó.

La putada de todo esto no es que yo haya visto a Cupido, no. Ni siquiera lo es pensar que estoy como una puta cabra, que se me ha ido la cabeza y que veo a cupidos que llaman a mi puerta.

La putada es que mi cupido se ha jubilado y...

¿Cómo coño voy a enamorarme yo ahora?



Todo comenzó en unos intercambios de mensajes, preguntas, respuestas, organización de agenda y, entre esos mensajes, una invitación a colaborar en esta revista.

Empecé muy ilusionada cuando me hicieron esta propuesta. Comencé a pensar en esa palabra de la cual me habían dicho que tenía que escribir algo. Y se me empezaron a amontonar historias en mi cabeza. La palabra era, Albaranes, Albaranes.

En principio un término que, aunque no utilicemos, si lo pensamos, nos acompaña cada día. ¿Cuántos albaranes tienen ustedes en el bolso? Hechos un gurrúño, en las carpetas, por casa, en cualquier sitio, que no les damos nada de importancia... Y, sin embargo, ese papel minúsculo, sin apenas tinta, significa que alguien, en algún momento, nos ha hecho entrega de algo y con ese insignificante papel está acreditando que lo hemos recibido, que nos ha hecho entrega de él. Piénsenlo y, si buscan, seguro que aparecen en el sitio más inoportuno.

Empecé a darme cuenta de la cantidad de cosas que nos son entregadas en la vida sin albarán. También pensé en la cantidad de cosas que nos entregan con su albarán formal a las cuales no les hacemos caso. El propio papelito es al que menos caso le hacemos.

Empecé a escribir la historia de una mujer y un hombre que se habían amado, querido y casado, pero no tenían el albarán, no podían demostrar que habían sido entregados, con lo cual no podían reclamar ni devolverse cuando ya no hicieran uso de su amor.

La historia era graciosa y un poco deshumanizada, utilizando el amor terminado como un objeto que no puedes devolver.

Media página de un folio y mi cabeza se fue por otro lado.

La historia de un viaje. Una mujer en su coche, sola, perdida en un pueblo que se llamaría Albarán, con lo cual sus lugareños se llamarían albaranes, nombre curioso para formar parte de un municipio y habitar en él. Pensé en un montón de ideas, de historias que se iban alargando, que se iban mezclando, que se iban anteponiendo las unas a las otras y superponiendo unas

con otras. Al final, llegó la fecha de entrega y no sabía qué hacer, cuál podría convencer, cuál podría gustar para cerrar, corregir y entregar.

Respiré hondo, cogí mi grabadora, le di al «rec» y comencé a hablar, porque es lo que mejor sé hacer: hablar, improvisar, hablar incluso sin saber, hablar. Que las palabras se me agolpen en la cabeza, bajen a mis cuerdas vocales y emitan el sonido que cada una tenga, que cada una quiera, y ya la hemos liado. Hablar es mucho mejor que escribir. Al pasar el tiempo, lo que has hablado puedes cambiarlo e, incluso, negarlo. Pero si lo has escrito, eso ya no hay quien lo modifique, queda ahí para siempre. La palabra escrita no desaparece. En esa grabadora comencé a contar esta historia.

Me quedé mirando por la ventana. En ese momento, el horizonte me estaba dando uno de los atardeceres de invierno más bonitos que había visto en las últimas semanas. Despidiendo un día más, que me había sido entregado sin albarán, comencé a grabar esta historia. Una historia personal, de dudas, de inseguridades, de no saber qué hacer para esa colaboración que me habían encargado. Una duda que se me plantea cada día de mi vida en todo lo que hago, las inseguridades que todos tenemos, pero que disfrazamos de fachada segura y elegante para no mostrarnos tal y como somos, como seres humanos con sus pros y sus contras. Todo el mundo duda.

Dando a la pausa me doy cuenta de que se convirtió en casi cinco minutos de audio. Con sus silencios, con sus pausas, sus respiraciones, esas que espero que ustedes estén haciendo ahora al leer esto. Y pensé en una Viscera podcast. No estaría mal para aquellos a los que nos paraliza la palabra escrita.

De momento, borraré el audio para poder negar todo lo que dije. Hago entrega de mi palabra, sin haber recibido ningún albarán, así que espero que no me sea devuelto.

Mierda, va firmado.

NURIA GALACHE



Diseño basado en el cuadro de Salvador Dalí, Figura en una finestra. Museo Reina Sofía.

JESÚS CALLEJO

Monasterio-abadía de Mont Sainte-Odile



Hay personas cuyo amor a los libros los lleva a cometer locuras. Su bibliofilia compulsiva se puede convertir, lamentablemente, en bibliomanía, un trastorno obsesivo-compulsivo de coleccionar libros a toda costa, cueste lo que cueste y pase lo que pase. Y más cuando hay conventos medievales y mapas secretos de por medio.

La historia que les voy a contar tiene todos esos sabrosos ingredientes y no hay que irse a siglos muy lejanos. Entre agosto del año 2000 y mayo del 2002 desaparecieron más de mil libros antiguos y raros en los anaqueles de la biblioteca de un aislado monasterio-abadía, el de Mont Sainte-Odile, en las montañas de los Vosgos, dentro de la región de Alsacia del norte de Francia. Un monasterio que data del siglo VII y hoy ya no alberga a monjas, sino que se ha reconvertido y reciclado en hotel y centro de convenciones por su propietario, que no es otro que el obispado de Estrasburgo. El acceso es gratuito.

Todo el entorno es muy mágico y misterioso. Accesible por un sendero pedestre, se encuentra una fuente milagrosa situada por debajo del convento, famosa por curar afecciones oculares. Según la leyenda, fue santa Odilia quien hizo brotar ese manantial con su bastón para ayudar a un ciego en apuros. También muy cerca está el enigmático «muro pagano», de unos once kilómetros y formado por 300.000 bloques de gres. El origen de esta muralla es aún un misterio que ha inspirado muchos cuentos, algunos macabros...

Y, en medio de este entorno forestal excepcional, se sitúa el convento de marras que, desde hace siglos, fue un destacado lugar de peregrinación para visitar la tumba de santa Odilia. Se podría decir, sin exagerar, que era la meca espiritual de Alsacia. Y los muros del cenobio fueron el perfecto escenario de actuación para un ladrón de libros que saqueó con premeditación, alevosía y nocturnidad su biblioteca. Los libros iban desapareciendo cada semana por arte de ensalmo o, mejor dicho, en un santiamén, ya que de santuarios hablamos. Se cambiaron las cerraduras en tres ocasiones y nada. Pronto corrió el rumor entre los habitantes de este cenobio que debía ser obra de un espíritu, duende, espectro o fantasma de un viejo monje bibliotecario que reunía sus libros favoritos en el Más Allá. El transcurso de tanto tiempo sin resultados positivos tenía confundido al bibliotecario jefe y a la policía. Además, eso de salir alguien del monasterio cargado con más de diez libros de gran tamaño sin ser notado era una virguería más que improbable.

Como si se tratara de una buena película de suspense y de aventuras, el ladrón sabía perfectamente lo que tenía que hacer en cada momento. Seguía la enrevesada ruta que le marcaba un añejo mapa secreto que había conseguido. Iba al monasterio en bicicleta y lo primero que hacía era escalar varias paredes exteriores, luego subir por una empinada escalera, la cual conducía a una estancia secreta, y, más tarde, debía activar un mecanismo que abría la parte trasera de uno de los cinco armarios. Un plan casi perfecto, pues pasaban los meses y no lograban capturarlo y ni tan siquiera sospechar quién podía ser este oscuro ladrón de guante blanco.

JESÚS CALLEJO

Pero tanto secretismo y tanta suerte no duran toda la vida. Se le descubrió al final gracias a las cámaras de circuito cerrado de televisión que se instalaron ex profeso. El culpable resultó que no era el diablo y ni un fantasma, sino un amante pasional y fanático de los libros que los había sustraído tras acceder a la biblioteca a través de un pasadizo, secreto y ya olvidado, cuya existencia descubrió gracias a un mapa que encontró dentro de un libro sobre arquitectura antigua en los archivos de la Universidad de Estrasburgo. Eso fue lo que le encendió la chispa y la codicia de bibliomaniático.

Cuando la policía registró su casa, se encontró, nada más y nada menos, que con 1.100 libros robados, datados casi todos a partir del siglo XV. Entre las joyas de su extensa colección hurtada, estaba un incunable, el *Hortus deliciarum* («Jardín de las delicias»), del siglo XII, un manuscrito ilustrado, escrito por una mujer (la abadesa Herrada de Hohenbourg), que sirvió de enciclopedia pedagógica sobre diversas materias para educar a las jóvenes novicias del convento en aquellas épocas medievales.

Durante el juicio, el abogado tenía pocos argumentos de defensa y el fiscal pidió dos años de cárcel para el bibliófilo, acusado de «robo con intrusión por artimaña y escalada». El acusado declaró que todo lo hizo por amor a los libros y demostró que había restaurado algunos de ellos y borrado todos sus sellos de procedencia para pegar una etiqueta con su nombre, a modo de exlibris, «pero con cola suave, soluble en el agua y con mucho cuidado

de no destrozar el papel», explicó al tribunal. En algunos de ellos, aún permanecía el albarán amarillento de compra y en otros el de alquiler en donde constaba el número de petición con el que había sido solicitado. Y, en su defensa, el ladronzuelo dijo una frase memorable que dejó pensativos a todos los presentes:

«Me temo que mi irrefrenable pasión por los libros nubló mi conciencia. Estaban ahí abandonados, cubiertos de polvo y con excrementos de palomas. Sentí que ya no los consultaba nadie y que ya no le importaban a ningún monje. También sentí la fuerte emoción de la aventura y notaba la adrenalina de poder ser descubierto».

Según el examen psiquiátrico, este particular ladrón era alguien inteligente, responsable y nada obsesivo. El obispado de Estrasburgo, conmovido por el móvil y por cuidar tan bien del botín, acordó su perdón al amante bibliófilo, a quien reclamó, sin embargo, 17.000 euros por daños morales y materiales y 18 meses de prisión con posibilidad de conmutarlos por trabajos comunitarios después de nueve meses.

Por cierto, esta historia no es inventada. Ocurrió. Y es que la realidad a veces se empeña en superar cualquier ficción. El ladrón respondía al nombre de Stanislas Gosse, un profesor retirado de ingeniería mecánica de Estrasburgo, de 32 años de edad, cuya hazaña ha pasado a la posteridad sin proponérselo, al menos de esta manera.



Monasterio-abadía de Mont Sainte-Odile

LA OBRA

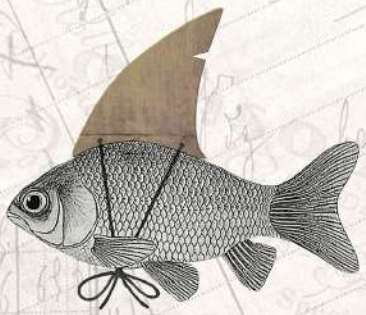
DE PEDRO VEZ LUQUE PARA ALBARANES



COMMISSION

ce qui suit expédié par remise de
payable à Châteauroux au comptant

1	1	1	1
2	2	2	2
3	3	3	3
4	4	4	4
5	5	5	5
6	6	6	6
7	7	7	7
8	8	8	8
9	9	9	9
10	10	10	10



LA
VISCERA
Magazine

ce qui suit expédié par remise de
payable à Châteauroux au comptant

1	1	1	1
2	2	2	2
3	3	3	3
4	4	4	4
5	5	5	5
6	6	6	6
7	7	7	7
8	8	8	8
9	9	9	9
10	10	10	10

Switzerland

Châteauroux, le 2 / 3

Châteauroux, le 2 / 3

10	8
20	8